



BEATRIZ BRANIFF

Arqueóloga inolvidable del
noroeste de México.

Experiencias en San Luis Potosí • Tita, mi maestra • Beatriz Braniff, la pochteca que conquistó el Noroeste •
Entre la Gran Chichimeca y el Gran Noroeste: la presencia Braniff • Tita Braniff: Un personaje mexicano y
una figura internacional • Homenaje a Tita Braniff • Publicaciones en el Centro INAH Sonora



Estimados amigos:

Para el Centro INAH Sonora es muy grato evocar en esta edición del boletín Señales de Humo, la vida y obra de la Dra. Beatriz Braniff, pionera e impulsora de la arqueología en México.

A través de estas páginas se expresan diversos acontecimientos y anécdotas de la Dra. Braniff, presentados en el memorial realizado en su honor, en el mes de marzo de 2014, -a tres meses de su fallecimiento- en la ciudad de México, donde investigadores de todos los ámbitos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tuvieron participación.

“Tita”, desde sus inicios en el ámbito académico y de investigación, logró distinguirse como una intelectual dedicada a realizar los fines y objetivos del INAH, marcando toda una época; aunada a su constancia y dedicación que hoy se expresan en diversas líneas de investigación, aplicadas en algunas regiones del país.

Sus aportaciones en el Norte de México se reflejaron en Sonora desde el año 1973, cuando fundó junto con el Antrop. Arturo Oliveros, el Centro Regional del Noroeste de México, hoy Centro INAH Sonora; así como en Chihuahua donde con un grupo amplio de investigadores de la región, concibió los contenidos y fundó el significativo Museo de las Culturas del Norte en la Zona Arqueológica de Paquimé.

En materia de investigación su percepción de la Gran Chichimeca en su interacción con Mesoamérica y el Suroeste de los Estados Unidos, quedaron plasmadas en una vasta bibliografía que constituye un rico legado para las nuevas generaciones; y que hoy, a través de este boletín, rendimos como un humilde reconocimiento desde éstas tierras del noroeste que tanto la acogieron.

Antrop. José Luis Perea González
Delegado del Centro INAH Sonora

SeñalesdeHumo

Comité Editorial:
Esperanza Donjuan Espinoza
Raquel Padilla Ramos
Elisa Villalpando Canchola

Participaciones en esta edición:
Amalia Attolini Lecón
Ana María Álvarez Palma
R. B. Brown
Elisa Villalpando Canchola
Mayán Cervantes Leandro
Deborah Oliveros Braniff
Guadalupe Piña Ortíz
César Armando Quijada López
José Luis Ramírez Ramírez
Pedro Francisco Sánchez Nava

**La edición presente corresponde al periodo: enero a abril de 2014.

Experiencias en San

Corría el año de 1959 cuando en el Departamento de Estudios Históricos -recién inaugurado y dirigido por Don Wigberto Jiménez Moreno, llamado El Gallinero- llegamos a trabajar un entusiasta grupo de mujeres (de ahí el nombre) interesadas en la investigación histórica y antropológica. Todas estábamos orgullosas de pertenecer al grupo del profesor que tanto admirábamos desde tiempo atrás; entre otras, Alicia Olivera, Tita Braniff y yo, apenas salida de la carrera de Historia del Arte de la Ibero. Enseguida nos entendimos y comenzamos una profunda amistad que duró todos los años.

En poco tiempo Tita me convenció de las bondades de la arqueología y me invitó a trabajar con ella en su proyecto de tesis “La Frontera de Mesoamérica”. Nos fuimos a buscar la frontera en el tren que iba de la ciudad de San Luis Potosí a Monterrey y que se paraba en cada pequeño pueblo. En ellos nos bajábamos y nos instalábamos donde podíamos, para realizar los recorridos de campo buscando sitios arqueológicos con cerámica o sin ella, es decir, el límite de los pueblos sedentarios en esa región del país.

Cuando llegamos al pueblo llamado Charcas, la primera fundación del estado, en uno de nuestros recorridos encontramos a un grupo de huicholes que iban en su peregrinación anual a recoger peyote. El encuentro nos entusiasmó muchísimo. La persona que nos había acompañado al recorrido -el presidente municipal de Charcas- le dijo al jefe del grupo huichol, “oiga, por qué no se lleva a las muchachas, están muy encantadas con ustedes”. El huichol nos miró de arriba abajo y dijo “y yo pa’qué las quiero” ¡Nunca habíamos recibido tal desaire!

En esa región el agua escaseaba; en las casas en las que nos recibían no había agua ni para beber, menos para bañarse. Conté unos quince días en los que nuestro cuerpo no supo del agua, nuestros cabellos estaban pegados al cráneo y al paliacate.



Beatriz Braniff y Mayán Cervantes en Bledos, San Luis Potosí.

MAYÁN CERVANTES LEANDRO
Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH

Nuestro aspecto era terrible. Cuando llegamos a Matehuala, última estación del estado, averiguamos que había un buen hotel, de esos de carretera, con baño y todo. Nos encaminamos enseguida, ávidas de agua, de un colchón y de comida caliente. Pero al llegar al hotel, que lo sentimos francamente lujoso, nos detuvieron en la entrada y nos comentaron que ese hotel era muy caro. Fue muy difícil explicar las razones de nuestro deterioro, pero propusimos pagarles por adelantado y así nos dieron una habitación. Cuando nos bañamos y nos pusimos el único vestido limpio, sacado del fondo de la mochila llena de piedras, tepalcates y alguna que otra botella de ron, pues resultó que no nos mirábamos tan mal y entonces fuimos objeto de toda clase de especulaciones. ¿De dónde vienen? Ya sé, son artistas del circo, nos dijo alguien.

Al otro día, el dueño del hotel, en un auto elegantísimo, se prestó a llevarnos a nuestros recorridos por el campo, arriesgando su integridad social, personal y la de su automóvil.

Regresamos por la misma vía a la ciudad de San Luis Potosí, allí conocimos a don Octaviano Cabrera Ipiña, gente de abolengo potosino y solterón apasionado por la arqueología. Al ver a Tita, decidió invitarnos a vivir en su casa y solicitó trabajar con nosotras. Está de más comentar que se enamoró perdidamente de Tita. Era la segunda temporada, en la cual el reconocimiento se haría en pueblos cerámicos, los recorridos entonces se volvieron intensos, pero amables y más cómodos en auto.

Casualmente, los Cabrera Ipiña habían recuperado las doce haciendas que les había quitado la

revolución y los sitios que trabajamos, se encontraban siempre cerca de alguna de esas haciendas, en ellas vivíamos encantadas. Una de las más espectaculares era Bledos, en el altiplano del estado y otra, bellísima, en la zona más baja del Río Verde. En ellas pasamos varias temporadas.

Tita invitaba a sus maestros arqueólogos a visitar los sitios para discutir con ellos su trabajo. Uno de los días nos visitó Piña Chán que como siempre, cuando veía un montón de piedras, agarraba un pico y una pala y, de la nada, aparecía el basamento de alguna pirámide, ésta vez fue una chica, ya que en esa zona los sitios son poco espectaculares.

Hubo otros viajes. En uno de ellos trabajamos en Salinas, pueblo fronterizo con Zacatecas. Como siempre nos albergó el presidente municipal en su casa, el viudo don Juan Manuel. Después de unos días, recibimos una delegación de gente del pueblo que iban a pedir mi mano para casarme con don Juan Manuel, argumentando que él estaba muy solo y le hacía falta una mujer. Les pareció a ellos, no a don Juan Manuel, la más adecuada. Fue difícil explicar las razones de mi negativa, no las comprendieron a cabalidad, el viudo era dueño de la farmacia del pueblo, tenía una mueblería, en fin ¿qué más podría yo anhelar? Afortunadamente, el trabajo se terminó en poco tiempo y pudimos escaparnos del pueblo.

Hubo otros viajes inolvidables, mucha cercanía, experiencias, aprendizaje, que marcaron y cambiaron mi vida. Tita me transmitió sus conocimientos, su fuerza, sus valores, todo lo que era su ser extraordinario. Siempre estaré agradecida y en deuda con ella. 

TITA, MI MAESTRA

AMALIA ATTOLINI LECÓN
Dirección de Etnohistoria, INAH

Hablar de Tita merece un punto y aparte. Hablar de Tita como maestra remite necesariamente a recuperar esa época de oro de la Antropología cuando se le concebía como un todo integral, nuclear, fundamental como ciencia madre de donde se derivaban sus ramas, las especialidades como diferentes expresiones de hacer antropología. Por lo tanto en la ENAH, para entonces ya mudada de Moneda al Museo la Antropología, se impartía como tronco común. Así Tita formó parte de aquel cuerpo de grandes y sabios y queridos maestros junto con Jaime Litvak, Leonardo Manrique, Barbro Dahlgren, Carlos Navarrete, Jana Faulhaber, José Luis Lorenzo, Beatriz Barba, Mauricio Swadesh, Pedro Bosch-Guimpera, Román Piña Chan, Wigberto Jiménez Moreno, Jorge Angulo, Eduardo Blanquel, Ferré d'Amaré, Juan Comas, Felipe Montemayor, Noemí Castillo, Miguel Mesmacher, Ángel Palerm, Julio Cesar Olivé y otros tantos que por el momento se me escapan.

Tita maestra de esa hornada formadora de una escuela y de una nueva corriente que miraba hacia el Norte, nos regaló con varios cursos.

Corrían el año del 68 cuándo nuestra generación disfrutaba de sus conocimientos y su vitalidad, ahí estábamos puntuales a las tres de la tarde en ese salón de la esquina lleno de sol que hoy ocupa nuestro centro de trabajo: la Dirección de Etnohistoria, adonde por cierto, Tita en su regreso al DF vino a formar parte como investigadora emérita enriqueciendo la planta de investigadores.

Mi generación de la especialidad de arqueología estaba conformada por brillantes investigadores: Patricio Dávila, Diana Zaragoza Ocaña, Eckart Boegue, Wanda Tommasi, Jean Pierre Laporte, Manfred Reinhold, Joaquín García-Bárcena, Enrique Méndez, Gonzalo López, Roberto Reyes Mazzoni y algún otro esquivo a mi memoria, ahí estábamos aprendiendo de sus acaloradas clases que iban impregnando en nosotros la cultura de los cazadores-recolectores, de los nómadas y sedentarios y de aquellas manifestaciones que ocurrían al otro lado de Mesoamérica.

Para el examen final repartía temas relativos a alguna cultura en específico que cada uno debíamos desarrollar

en clase y no faltaba el detalle antropológico como cuando Enrique Méndez se lanzó al patio ataviado propiamente y nos bailó la *Danza del Venado* con tambores y todo.

Pero Tita no se restringía a la teoría y en temporadas de campo que tenían por escalas: Querétaro, San Luis Potosí o Zacatecas, nos llevaba a que conociéramos el norte de Mesoamérica, para que entendiéramos y sintiéramos de qué se trataban la biodiversidad geográfica y las manifestaciones culturales. Y cómo no, si en el mismísimo terreno, *in situ*, nos mostraba cómo la planta de la gobernadora marcaba la frontera palpable del límite que Kircchoff y Jiménez Moreno habían dibujado en su famoso mapa, efectivamente junto con la gobernadora se iban dando cambios en el paisaje y así nos iba enseñando cómo los sitios tenían su propia personalidad y nos hablaba de la gente que los habían construido, gente de carne y hueso, de cómo hacían la vida aquellos que malamente algunos consideraban bárbaros.

Tita: Subvertiste muchas cosas pero una de ellas fue el modo de entender el Norte, ¿cómo olvidar tu insistencia para que se tomara como punto de referencia a México y no a Estados Unidos en el nombramiento de aquellas regiones como norte y noroeste de México y no sur y suroeste de Estados Unidos! Faltaba más!

En tus últimos años, vividos dolorosa y apasionadamente, guarecida por tus libros, tus papeles, te mantuviste en el estudio, la investigación y la sorpresa. Defendiste tus ideas con coraje, te diste el lujo de hacer otro doctorado en arquitectura.

Tita, nunca cupiste en la estrecha jaula de las convenciones, tu primer y último apego fue ser tú misma, viviste y moriste como se te dio la gana. Insumisa, implacable, rebelde, independiente, subversiva, irredenta, así te recordaré. Un día cualquiera se achicó tu vida y decidiste irte al lugar del sosiego, cruzando los aires a galope tendido.

Tita chalchihuite del desierto, señora del norte, Tita querida, aquí estás entre nosotros. Aquí estamos nosotros, los tuyos para honrarte. 🍷

BEATRIZ BRANIFF

Marzo 26, 2014.



DÉBORAH OLIVEROS BRANIFF

Quiero agradecer a todos ustedes, y particularmente a los organizadores de este evento la oportunidad de estar con ustedes y compartir la experiencia de haber coincidido en la vida con Tita.

Ya se han mencionado varias vivencias de su trabajo y de su vida académica, pero déjenme compartir con ustedes un ángulo de su vida un poco distinto.

Beatriz nació en el seno de una familia porfiriana bien acomodada, su padre Don Oscar Richard Braniff fue dueño -entre otras cosas- del Banco de Londres y México, de la mina de plata El Doctor en la Sierra Gorda de Querétaro y de la Hacienda de Jalpan en Guanajuato; constructor de las principales líneas ferroviarias de país, jugó un papel muy importante en la historia del mismo. Beatriz, inquieta y rebelde, se decidió a dejar ese mundo lleno de comodidades, donde su papel estaba muy bien estructurado, para caminar el desierto y entender la vida de otras personas, como los recolectores y cazadores de antes de la llegada de los españoles.

De joven fue parte del equipo de primera fuerza del país en voleibol y clavados, excelente nadadora, y su amor por los caballos la llevó a montar al lado del controversial General Mariles, medallista olímpico de oro quien solía referirse a ella como la única mujer con huevos que conocía.

El nacimiento de su Charly (mi Charly también) le abrió camino. Fue para ella el descubrimiento y conciencia de la fuerza de su cuerpo, y desde entonces dedicó gran parte de su vida a la lucha por los derechos de la mujer, a ser plena y feliz con la obligación que eso conlleva, a ser honesta y comprometida, odiando de entrada la mediocridad y la falta de integridad.

Esta mujer se casó varias veces y aunque siempre fue la oveja negra de la familia, sus matrimonios fueron más o menos tolerados, hasta que conoció al amor de su vida: un joven, pobre y prieto que desató la furia y el abandono de su familia. Pero lejos de sentirse amedrentada, renació aún con más fuerza.

El amor fue y será siempre una de sus características fundamentales, increíblemente tierna y amorosa, apasionada de la vida como pocos en esta tierra.

Nada podía darme miedo o faltarme estando a su lado. Jamás he de olvidar mis paseos montada en su bicicleta bajo los grandes chaparrones cuando se decide llover en la ciudad de Hermosillo, nadar en mar abierto en las costas de Sinaloa o la noche sabe dónde, llena de estrellas en el cielo y luciérnagas debajo de nuestro catre que me daban la certeza que ella podía hacer magia.

Ahora que soy madre yo también, me doy cuenta de lo maravillosamente irresponsable que podía ser ¡qué maravilla! espero poder ser así, al menos en algunos momentos con mi hija Sofi. Pero quiero dejar en claro, por si cabe la duda en algunos de ustedes, que cocinaba, tejía, cosía y hasta hacía macramé con lujo de maestría.

Mujer violenta que nos hizo temblar a más de uno en varias ocasiones, capaz de llorar por un concierto de Debussy o montar en pantera a la menor provocación, amante del ron y de las buenas conversaciones, de risa fácil y con un sentido del humor extraordinario, increíblemente generosa.

Capaz de disfrutar también un buen pleito. "¡Que rico me peleé con ese imbécil!" solía decir triunfante, dos días después su mejor amigo.

Beatriz ha marcado mi vida en muchos sentidos, ha sido un ejemplo a seguir y también a no seguir, lo que a veces me confunde.

Toda su vida hizo literalmente lo que le dio la gana, y cuando le quedó claro que ya no podía seguir haciendo eso, dijo simplemente adiós y con permiso, y se marchó de este mundo dejando un hueco enorme; lo que sí, se gastó la vida por completo, sin dejar ni una cuenta pendiente. En este mundo actual, dominado por la somnolencia y la falta de carácter, una pérdida así, es grande.

Sin miedo de caer en un lugar común o en una frase trillada, puedo decir que fue una mujer hermosa y extraordinaria, le doy gracias a la vida por la maravillosa fortuna de haberla tenido como madre y que ella escogiera a ese "su prieto" como mi padre. ♀
Gracias



En las oficinas del Centro Regional del Noroeste del INAH, Beatriz Braniff muestra el mapa de Sonora, con la ubicación de los sitios arqueológicos localizados hasta enero de 1977, al Lic. Alejandro Carrillo Marcor, Gobernador de Sonora (11 de febrero de 1977).

EL CATÁLOGO DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE SONORA Y BEATRIZ BRANIFF.

CÉSAR ARMANDO QUIJADA LÓPEZ
Centro INAH Sonora

Conocí a la arqueóloga Beatriz Braniff Cornejo en 1973, unos meses después de su llegada a Hermosillo, Sonora, cuando en compañía de mi padre el Prof. Armando Quijada Hernández, visitábamos al Arqlgo. Arturo Oliveros, Director fundador del Centro Regional del Noroeste del INAH, para informarle que se estaba realizando un estudio sobre los sitios con pintura rupestre en Sonora, a sugerencia y solicitud de don Antonio Pompa y Pompa, en ese entonces Director de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia del INAH y coordinador junto con don Pedro Boch Gimpera del Simposio de Arte Rupestre dentro del XLI Congreso Internacional Americanista que se realizó en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México en 1974.

Tiempo después cuando Beatriz Braniff supo de mi interés por estudiar la licenciatura de Arqueología, me invitó a acompañarla una semana en el mes de abril de 1976, a localizar y registrar sitios con pintura rupestre en la región de Cucurpe, Sonora. Cuando terminé mis estudios de bachillerato en junio de 1976 y teniendo que esperar hasta el mes de abril de 1977 para que iniciaran las clases del primer semestre en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, solicité al Arqlgo.

Arturo Oliveros ayudar de forma voluntaria en las actividades del Centro Regional del Noroeste del INAH, en sus oficinas de Hermosillo.

Beatriz inmediatamente me confió la tarea de lavar el material cerámico de su proyecto del Río San Miguel, estuve trabajando en los meses de julio y agosto, a más de 40 grados centígrados, en un lavadero al cobijo de un techo de un metro cuadrado, en el patio trasero de la casona que ocupaba en aquellos días las oficinas. Al iniciar el mes de septiembre de 1976 me preguntó si tenía mi RFC, al responderle que no, prácticamente me ordenó que fuera a tramitarla a las oficinas regionales de la Secretaría de Hacienda, para poderme contratar en su proyecto del Catálogo de Sitios Arqueológicos de Sonora, como parte de la Sección de Arqueología Prehispánica del Centro Regional del Noroeste.

En palabras de Beatriz Braniff, el Catálogo... “tiene por objeto primordial el presentar un mapa de la entidad donde se han localizado los sitios arqueológicos que han sido mencionados o descritos por diferentes estudiosos, anexándose la bibliografía respectiva. La idea es la de conocer gráficamente las zonas que han sido recorridas y ofrecer una información inicial.”



Continúa Braniff diciendo...“Esta forma de presentación es solo el inicio de la investigación y no puede ser considerada un *atlas* en cuanto a que pensamos que en éste debieran consignarse varios mapas con datos ya sistematizados (en el caso de un atlas arqueológico debieran ser datos culturales: cronológicos, definición de regiones culturales, etc. y no simplemente la enumeración de sitios y su descripción). Pero además, el estudio de la arqueología de Sonora está apenas en sus comienzos, de manera que esas síntesis no pueden hacerse por ahora, aún cuando recientemente hicimos un intento de ello, agrupando algunos datos para construir burdos niveles culturales; pero hicimos la advertencia de la limitación de la información y de la calidad de nuestras conclusiones que solo pueden considerarse como preliminares.”

“En el futuro este mapa y catálogo podrá irse ampliando con los nuevos datos y es de esperarse que los investigadores en la zona empleen el mismo sistema”.

“En vista de que existía ya un sistema de designación para los sitios arqueológicos (prehispánicos y coloniales) formulado por la Universidad de Arizona (Arizona State Museum- ASM) y porque dicha institución había ya emprendido un reconocimiento superficial autorizado por el INAH en 1966-1967, durante el cual se consignaron muchos sitios empleando este sistema; y además por el hecho de que lo consideramos que es lógico porque sigue coordenadas geográficas universales, hemos decidido aplicarlo sin modificación para nuestro uso, respetando hasta donde ha sido posible la designación de los sitios ya localizados por la ASM para no duplicar innecesariamente la nomenclatura, agregando los sitios no registrados por ellos con la numeración consecuente.”

“Este sistema de localización se aplicó como ya dijimos a sitios arqueológicos tanto históricos, coloniales como recientes y también a los datos paleontológicos, geológicos, etnográficos, históricos y

lingüísticos con la idea de poder compaginar en el futuro los diferentes tipos de investigación”.

El trabajo de recopilación de datos y su localización en los mapas respectivos fue elaborado por Quijada y Braniff, bajo la dirección de la firmante, el dibujante fue Gustavo Valdés S. y la secretaria Ma. de la Paz Ortega Hevia.¹

Cuatro años después Beatriz Braniff publica un complemento del Catálogo de Sitios Arqueológicos de Sonora, en donde nos dice que “el total de sitios arqueológicos en Sonora a la fecha (diciembre de 1980) suman 1,385 y los recién ubicados en el norte de Sinaloa son 76. Se aclara que algunos de ellos son históricos y otros pocos son recientes o están en uso. Por ejemplo la misión de Tubutama que hoy en día funciona como iglesia es de época colonial pero quedan cimientos y otras evidencias arqueológicas. La iglesia de Oquitoa está localizada sobre un sitio prehispánico”.

También nos menciona que “se está insistiendo en ver a Sonora como una unidad desde el punto de vista cultural esta división política no funciona, ya que las culturas indígenas sobrepasaron estos límites artificiales y recientes, de tal forma que no se debe concebir el norte de Sonora sin integrar al sur de Arizona y de California, ni el este de Sonora puede enfocarse sin considerar el occidente de Chihuahua; y tampoco el sur de Sonora puede separarse del norte de Sinaloa”.²

A cuarenta años del establecimiento del Centro Regional de Noroeste y 36 años de la publicación del primer catálogo de sitios arqueológicos de Sonora, más el trabajo de diversos arqueólogos adscritos al Centro INAH Sonora y otras instituciones de investigación arqueológica, que han recorrido y estudiado diferentes puntos del estado, el catálogo se sigue incrementando, contando hasta hoy (marzo de 2014), con 2948 sitios arqueológicos y la cantidad aumenta año con año. 📍

¹ El Braniff C. Beatriz y César A. Quijada, “Catálogo de Sitios Arqueológicos de Sonora, enero 1977”, Noroeste de México No. 2. Centro Regional del Noroeste del I.N.A.H. Hermosillo, Sonora, México, 1978.

² Braniff, Beatriz “Catálogo de Sitios Arqueológicos de Sonora 2ª parte”, Noroeste de México No. 6. Centro Regional del Noroeste del I.N.A.H. Hermosillo, Sonora, México, 1982.



BEATRIZ BRANIFF, LA POCHTECA QUE CONQUISTÓ EL NOROESTE.

A propósito de lo que debió ser un gran homenaje y se convirtió en un gran desafío.

Cuando pienso en la Beatriz me surgen muchas imágenes difíciles de ordenar, que se suceden y se entremezclan, caras que se superponen, fragmentos de emociones, aromas del tiempo que van y vienen, el eterno conflicto entre lo que soy ahora y lo que pude haber sido.

Recién egresadas de la ENAH y arrastrando el pesado lastre mesoamericano, la Elisa y yo pusimos pie en “tierra incógnita”, “entre las gentes más bárbaras del nuevo orbe”, por segunda vez en un lejano 1978, más lejano en el tiempo que en mi memoria, para rescatar nuestras identidades atrapadas entre un pasado que nos encasillaba y un futuro que ya nos avasallaba.

La Beatriz nos enseñó el presente, mezcla de arrogancia y humildad, nos guió por senderos que habrían de convertirse en veredas y volverse de nuevo estrechos pasos entre el conocimiento y la ignorancia. De ella aprendí que la arqueología, al igual que la vida, es trabajo de tiempo completo, un modo de vida. Le aprendí que los esquemas estaban hechos para romperse, reinventarse y volverse a romper. Fue una época de privilegios, como pocas: privilegio de amistad con ella y con su familia extensa; privilegio de desandar las rutas de los pioneros con asombro y afán de descubrimiento; privilegio de confrontar mi pequeño bagaje de experiencias y conocimientos con los retos cotidianos de un mundo nuevo, agreste y sin nada de reverencias.

Eran tiempos de pueblo chico que se resistía a convertirse en infierno grande, excepto por los calores que no se podían combatir con aire acondicionado. Las imágenes de la Beatriz ahora se entrecruzan con las de Deby y sus muñecas, la de mi Charlie, las de la Negra y la Ofelia y, sobre todo, del reinis, querido Arturo, referente de compromiso político y de búsqueda constante de equilibrio en el eterno conflicto que envuelve las relaciones humanas.

Donde el recuerdo de la Beatriz se hizo más puntual y punzante fue en mi formación como investigadora: desde el primer momento fue generosa, paciente, si es que este concepto le era aplicable y deseosa de guiarnos por el difícil camino del aprendizaje y de las complejas relaciones académicas. Empezamos la Elisa y yo, a voltear la mirada más hacia el Suroeste de los

Estados Unidos pero ella nunca nos permitió que olvidáramos de nuestro “lado mesoamericano”. Nos atrapó en su red de relaciones y compartió con nosotras el placer de convivir y aprender de Charles DiPeso, Julian Hayden, Emil Haury, Tom Bowen, de Felger, Nabham, Linda Cordell, Isabel Kelly y Randy McGuire, quien pronto se convirtió en un gran amigo e interlocutor académico.

A finales de 1978 la Braniff nos propuso a la Elisa y a mi, que efectuáramos un recorrido desde Guaymas hasta Mazatlán, junto con Julio Montané, otra gran pérdida reciente. Este recorrido se amparaba en el programa de Catálogo de Sitios del Centro Regional del Noroeste, pero la intención de la Beatriz era involucrarnos en el quehacer arqueológico de la porción sureña del Noroeste, la más susceptible de interacciones con Mesoamérica. Además nos empujó a disfrutar de las maravillas del Noroeste, sus paisajes, sus pueblos, la gente, las fiestas, la comida, la bebida. No puedo olvidar que la Beatriz hizo de su vida la arqueología pero tenía alma y formación de antropóloga: con ella deambulamos por las comunidades indígenas, por las misiones, por las colonias urbanas, por los pueblos arrasados por los apaches, por la frontera actual, por Naco, por Nogales, por Palomas, por la Sinaloa de narcos que entonces no era peligrosa, por donde se pudiera, pues era vaga por naturaleza y tenía la capacidad de enlazar todas estas vivencias, todos estos paisajes, todas estas formas de ser a una interpretación antropológica que culminaba en la arqueología. Una vez, estando en Vicam Pueblo me dijo: “Fíjate, aquí comienza el uso del rebozo: nos estamos acercando a Mesoamérica.”

En una travesía por la frontera mesoamericana, desde Hermosillo bajamos a Copala en Sinaloa, subimos a Durango y de allí a San Luis Potosí para llegar finalmente a la ciudad de México. Este recorrido fue maravilloso en lo académico, pero lo que quedó más impreso en mi memoria fue la intensidad de la convivencia, sus inagotables anécdotas, sus amigos, los lugares “monos” que proponía para comer o dormir. En ese viaje subiendo en su safari por el “espinazo del diablo”, antes de Ciudad Madera, en una gasolinera, un trailerero la felicitó por su forma de manejar, lo que nos remontó a sus incursiones en los autos de carreras.



MEMORIAL DE BEATRIZ BRANIFF

ANA MARÍA ÁLVAREZ PALMA
Centro INAH Veracruz, Unidad Xalapa

Engendro de todos estos aprendizajes, “provocaciones” diría yo, en 1979 nació el Proyecto Huatabampo, en el sur de Sonora y norte de Sinaloa, avalado académicamente por la Beatriz y que generó mi tesis de licenciatura, dirigida por ella misma y que fue un punto de llegada y de partida de mi trayectoria académica. Después de tantos años, creo que mi mayor agradecimiento a la Beatriz fue ayudarme a rehuir del canto de las sirenas mesoamericanas, mortal y seductor: en la excavación de Huatabampo entre otras cosas encontré ofrendas múltiples, ricas en materiales con fuerte carga simbólica: turquesa, vasijas semicompletas y ornamentos de concha. Había navajillas prismáticas y muchas figurillas, íconos mesoamericanos. Confieso que en un primer momento le oculté esta información, no la invité a la excavación quizá por el miedo a desencadenar toda una serie de inferencias cuando todavía no entendía bien el motivo de su presencia. Cuando finalmente se lo comenté, venciendo mis dudas y resquemores, ella se me quedó viendo, entrecerró un ojo y torció la boca, pero sus palabras no fueron de desaprobación, sino de emoción: me dijo “que suave, vamos a ver los materiales” y comenzó a proporcionarme información sobre el sitio de Snaketown en Arizona, que en parte me ayudó en la interpretación de mis contextos.

Ahora sabemos, por las investigaciones recientes del proyecto de John Carpenter y lo que me correspondió gracias a la provocación de la Beatriz, que el sur de Sonora, esta “pobre zona marginal”, participó en el proceso de agricultura temprana y en la dispersión de las razas de maíz y tuvo un papel sobresaliente en las interacciones costeras entre el Norte y Sur reflejadas en esas ofrendas o conjuntos de intercambio, y que posteriormente durante el periodo Guasave, incorporarían elementos mesoamericanos y los resignificarían en calidad de bienes de prestigio para legitimación de grupos de poder.

Su visión, de gran amplitud y alcance, la empujó, nos empujó a la Elisa y a mí, a la búsqueda de interpretaciones basadas en procesos históricos y sociales, las que ella plasmó en su inmensa producción académica, especialmente en sus múltiples tesis de grado. Aquí es donde entró en juego la Beatriz de frontera en el sentido del Noroeste, de frontera de inclusión, de enlace y nuevas construcciones, no exclusión como suele manejarse el concepto en Mesoamérica. Esta visión unió al

Suroeste con Mesoamérica y recreó la Gran Chichimeca, unió a mexicanos y gringos, unió a sonorenses con guachos. La Beatriz pochteca abrió brecha en el cerrado ambiente académico del Suroeste, obligó a los investigadores a reconocer el trabajo de los nortños, a ellos los hizo leer en español y a nosotras nos hizo exponer los *following papers* en inglés.

Conjuntó todos estos elementos, a veces disímbolos, a través de la discusión y del cuestionamiento que imponía. En esto era imparable: alguna vez Amalia Attolini dijo que cuando la Beatriz levantaba la mano para intervenir, “agárrese quien pueda” porque seguramente lo que iba a decir no iba a ser ni suavecito, ni matizado. Era impertinente y transgresora, cualidades que ella atribuía al psicoanálisis, pero en realidad pienso que el psicoanálisis sólo contribuyó a reforzarlas.

No puedo negar que hubo señores que marcaron mi paso por el Noroeste, pero en estos laberintos de la memoria, mi mente se guía y se deslumbra con el recuerdo de todas las viejas sonorenses: la Ana, compañera de la cofradía de la “vela perpetua”, que el año pasado decidió emprender su último viaje; la Berta, que ponía orden y nos educaba en los sabores de la comida nortña, que es mucho más que carne asada; la “vieja chora” -la Lucina-, que me cuidaba y me iniciaba en la cultura pima; la rejega de la Pérez, doctora del cuerpo y del alma, como la Elisa y yo sonorenses por adopción, la Rina Cuéllar de Culiacán y muchas más cuyas imágenes se han diluido en algún momento, pero están regresando por sus fueros, recreándose entre realidad y ficción.

Todas fuimos parte de la pandilla, copartícipes y cómplices de los arranques e invenciones de la Beatriz, todas nos amarramos el paliacate, a todas en algún momento nos cobijó, hasta que llegó el momento de emprender el vuelo por nuestra cuenta. Los caminos se separan, la cotidianidad se rompe, puede llegar a dominar el sentimiento de pérdida, pero permanecen las marcas impresas en el alma en un periodo de nuestra vida tan importante, que sentó las bases de lo que hemos sido y de lo que somos ahora y nos dio la esperanza de trascender. A la Beatriz le debemos una buena parte de lo que somos y por ello le estoy muy agradecida. ☺

ENTRE LA GRAN CHICHIMECA Y EL GRAN NOROESTE:



Beatriz Braniff con un grupo de alumnos de la ENAH y el Prof. Armando Quijada en La Provedora, Sonora, 1976.

ELISA VILLALPANDO CANCHOLA
Centro INAH Sonora

En la primavera de 1976, un grupo de estudiantes de la ENAH llegaba en tren a Hermosillo para hacer sus prácticas de excavación en La Provedora, sitio monumental de petrograbados en el corazón del desierto sonorense. Los recibían Braniff y Oliveros en el primer centro de investigación que el INAH estableció en el Noroeste de México.

La excavación de La Provedora la dirigía Beatriz Braniff a quien acompañaban Julio César Montané y Armando Quijada. Los estudiantes de arqueología llegaron al sitio y bajándose de “la gorda” (que así se llamaba esa pick-up), empezaron a escudriñar el suelo ... eso habían aprendido en los semestres de la ENAH, había que revisar concienzudamente el terreno en busca de tepalcates y lítica. La Braniff, en el tono que la caracterizaba cuando algo no le parecía, nos increpó diciendo: “¡Levanten las cabezotas y admiren lo que tienen en frente en las rocas!”. Ese fue el primer contacto que aquellos estudiantes tuvimos con los cientos de grabados de los antiguos moradores del desierto y así fue como dio inicio la larguísima cadena de aprendizajes de esa mujer extraordinaria que fue y siempre será Beatriz Braniff.

Beatriz nos enseñó –desde esa primera estancia en Caborca– que la arqueología debe hacerse con pasión, que no se constriñe al pasado y que siempre es necesario conocer qué ha ocurrido en épocas anteriores para entender cómo es la gente actual. También nos mostró que es indispensable entender la naturaleza de la región y así fue que nos llevó a la costa a acampar a Puerto Lobos, a Cerro de

Trincheras y La Playa, y al corazón del desierto sonorense en El Pinacate, donde nos esperaba en aquél lejano 1976, el señor del malpaís, el mismísimo Julian Hayden.

Beatriz no solo fue generosa con su conocimiento académico, también compartió el contacto cálido con quienes habían investigado el área antes que ella, y en muchos casos la amistad perduró a lo largo de los años, cuando Beatriz y Arturo ya habían emprendido otros vuelos. Nos llevó a presentarnos con los profesores de la Universidad de Arizona y los entonces alumnos de su papá Emil Haury, alumnos como Randy McGuire, Ben Brown y otros colegas del “otro lado”, con quienes empezamos a cuestionar por qué se decía que Sonora, Chihuahua, Sinaloa o Durango eran parte del Gran Suroeste.

Beatriz nos encaminó a los seminarios y simposios de Arizona y Nuevo México para dar a conocer los resultados de nuestras investigaciones. Ana y yo recordaremos por siempre *the following paper* en una Mogollon Conference, a los pocos meses de habernos integrado como asistentes en el Centro Regional del Noroeste. Desde los primeros meses en Sonora Arturo nos alentó a viajar, pero la que cargaba con nosotras era Beatriz; con ella recorrimos en el safari la distancia entre Hermosillo y Tucson muchísimas veces. Nos llevó a Amerind Foundation a cenar con Charlie DiPeso, conocer el museo, los archivos y las colecciones, mucho antes de que se instituyeran los Seminarios que han vinculado la arqueología de las cuatro esquinas internacionales.



LA PRESENCIA BRANIFF

Eran los tiempos del *boom* de la *New Archaeology* y para nosotras (Ana María y yo) encontrar en simposios a algunos de los nuevos arqueólogos era una experiencia maravillosa. Beatriz, aunque no era muy su fan, nos seguía la corriente y hasta llegó a decirle a Fred Plog en una ocasión, que iba a tomarnos una foto con él, a lo que Plog un poco extrañado accedió y ahí quedamos veintiañeras, bien sonrientitas Ana y yo, con un Plog serio itan *new archaeologist!*

Esos fueron también los tiempos del *World Systems Theory*, cuyos postulados compartía Beatriz con Dick Pailles, y seguían en boga los modelos de pochtecas en las perspectivas de J. Charles Kelley, Phil Weigand y otros: que si las turquesas bajaban por una ruta y las guacamayas subían por otra; para quienes nos debatíamos entre la arqueología social y el materialismo histórico, eso nos sonaba demasiado difusionista. Esos autores buscaban de una u otra manera los elementos mesoamericanos, las rutas de comercio y la explicación de todo lo que había ocurrido debido a eventos en regiones distantes, pero según nuestro modo de ver no respondían qué había pasado si no estaban presentes. Beatriz incursionó en la explicación de lo local sin perder su esencia mesoamericana y ciertamente tuvieron que pasar muchos años para que -al menos yo- llegar a entender los alcances de llamar de una forma u otra al enorme espacio en donde trabajábamos, pues no se trataba solo de ver si estaba presente la greca escalonada o la cerámica de división cuatripartita en lo que Beatriz decía que era mejor llamar “el Gran Noroeste”. Cuando me animaba a decirle que no compartía esa visión mesoamericana y por qué mejor no buscábamos qué había pasado en los desarrollos locales, recibía su crítica por ser tan aferrada con su gesto característico y un “¡Ay Ericita!”.

Pero ya fuera en La Gran Chichimeca, the Greater Southwest o el Gran Noroeste, Beatriz era ama y señora. Creo que no hay un libro de esos años que no contenga un artículo suyo y su presencia siempre era requerida en los eventos académicos del *Southern Southwest* a los que siguió acudiendo por varios años, aun desde su residencia en Colima.

En 2000 se reconoció del lado mexicano su trayectoria con “Nómadas y sedentarios”, congreso organizado por la UNAM, la UJED y el INAH y fuimos

con ella al sitio arqueológico La Ferrería. En el 2002 Arizona Archaeological and Historical Society le otorgó el Byron Cummings Award por su destacada investigación y contribución al conocimiento del pasado de las sociedades del Suroeste y Noroeste de México. Es la única mexicana que ha recibido ese reconocimiento.

Lo que las “viejas” pensaban era para Beatriz muy importante. Esto quedó de manifiesto de manera excepcional cuando a tres norteñas y a una todavía más norteña, nos invitó a participar en lo que lleva por nombre La Gran Chichimeca, el lugar de las rocas secas. Beatriz tenía una capacidad extraordinaria para convencernos de participar en responsabilidades compartidas, para organizarnos y exigirnos resultados en corto tiempo; lo más meritorio de su coordinación de La Gran Chichimeca -a más de haber logrado una obra muy bella- fue haber conseguido conciliar narrativas tan diferentes como las de Linda Cordell o Miriam Hers con la de Lucero Gutiérrez y la mía. Beatriz nos dio las directrices y nos permitió a cada una de las penta-colaboradoras plantear nuestra propia visión de ese enorme territorio que comprende la obra, su *Chichimecatlalli*. Estaba además convencida de que teníamos que llegar a un público amplio y dar a conocer qué había sucedido en La Gran Chichimeca, que fue el nombre que encontró como el más adecuado para lo que en el siglo XVI se ubicaba al norte de los estados mexica y tarasco y se extendía hasta aproximadamente los 38° de latitud Norte, y aunque criticaba a su querido Charlie DiPeso que había señalado que se extendía hasta el Trópico de Cáncer, había tomado de él el concepto como la mejor manera de enunciar esta área.

Para Linda Cordell, que se nos fue sigilosamente también el año pasado, esta obra era tan necesaria para el gran público como para los colegas del otro lado de la frontera, ya que presentaba una visión sintética sobre este espacio, del que Beatriz fue la gran portadora del conocimiento, reconocida por sus herederos norteños y sus colegas gringos.

Es en este espacio que Beatriz Braniff ha dejado su huella y su fama ha trascendido hasta a los que no llegaron a conocerla. No cabe la menor duda que la presencia Braniff ha quedado por siempre asociada con La Gran Chichimeca. Para nosotros los norteños, su espíritu nos cubrirá por siempre.

TITA BRANIFF: UN PERSONAJE MEXICANO Y UNA FIGURA INTERNACIONAL

R. B. BROWN

Museo de la Revolución de la Frontera

Nacida en la ciudad de México de una familia acaudalada, Tita Braniff tuvo todas las ventajas de una niña bien -y bien guapa- que acompañaba a su padre en sus visitas a sus negocios alrededor de México. Además de los caballos, escuela en Canadá y coches, que esa vida la concedió, aprendió como usar su gracia para sus propios fines. Siempre extrovertida e independiente, rebelde e inquieta, aburrida con la vida de su clase, se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología, entonces albergada en el Palacio Nacional, donde llegó a formar parte de una camada que dominó la arqueología mexicana durante los siguientes cincuenta años. Mientras que el resto de sus correligionarios estudiaban la arqueología del Centro de México o la Zona Maya, Tita volteó su mirada hacia el norte, al área que entonces estudiaba solamente el exilado español Pedro Armillas, a la Mesoamérica Marginal, donde

realizó investigaciones en Los Morales, en los límites entre los municipios de Comonfort y San Miguel en Guanajuato, en Villa de Reyes en el sur de San Luis Potosí [con Ana María Crespo] y en El Cópore, de nuevo en Guanajuato.

En estos trabajos aprendió que además de ser competente como arqueóloga de campo, su verdadero fuerte era sintetizar e integrar sus resultados con los de los demás. Así, tomando los trabajos de Armillas y Wigberto Jiménez Moreno como puntos de partida, se puso a crear una nueva visión, no solamente de la frontera septentrional de Mesoamérica, sino de más allá: La Gran Chichimeca.

En 1943, la Sociedad Mexicana de Antropología se reunió en su III Mesa Redonda para tratar las diferentes facetas del tema de la arqueología, antropología y lingüística del Septentrión Mexicano, o sea, el Norte de México y Suroeste de los Estados Unidos, una enorme área que se extendía desde el Estado de Guanajuato - que llegó a conocerse como Mesoamérica Marginal - hasta la frontera con los Estados Unidos. Al publicarse la Memoria de esa Mesa Redonda dos años después, se estableció una base en el conocimiento del norte de México a la cual, año con año, se fueron aumentando datos y síntesis por los trabajos de Piña Chan y Porter en Chupícuaro, Guanajuato, Pedro Armillas en Zacatecas, Walter Taylor en Coahuila, J. Charles Kelley en Durango y Zacatecas, e Isabel Kelley en la costa del Pacífico, solo por mencionar unos cuantos. La década de los cincuentas terminó con un enorme proyecto en Casa Grandes, Chihuahua, dirigido por Charles Di Peso. Este florecimiento estimuló su interés en el Norte.

En 1960 J. Charles Kelley colaboró en la formación del Programa Cooperativo de Investigación Mesoamericana en la Universidad del Sur de Illinois. En este contexto junto varios sabios como Román Piña Chán, Walter Taylor, Pedro



Beatriz Braniff y Patricia Hernández en el Centro Regional del Noroeste.



Beatriz Braniff en la presentación de La Gran Chichimeca en el Museo de Sonora, 2002. Archivo Centro INAH Sonora.

Armillas, Howard Winters, y Tita Braniff para formar una confederación de investigadores quienes compartían una visión global, aunque la situación de cada uno exigía que trabajaran de manera individual. Tita era la más joven y la única mujer en este grupo. Su estrella estaba en ascenso y se transformó de personaje mexicano a figura internacional.

A finales de la década de los sesenta, las autoridades del INAH pusieron a prueba un modelo de institución semi-descentralizado, con la creación de la Delegación Regional de Guanajuato y Querétaro. A unos cuantos años se creó el Centro Regional del Noroeste que entonces abarcaba Sinaloa, Sonora y los Bajos. Se nombró a Arturo Oliveros, entonces el esposo de Tita, como Director. Tita y su hija Deborah, hicieron maletas y se mudaron a Hermosillo, y Tita se puso a organizar un gran reencuentro de estudiosos en la playa de Bahía Kino para crear un documento que iba fungir como compilación y síntesis de lo sabido hasta este momento.

Asimismo, inició su trabajo de tesis de doctorado que produjo tres *tumba-burros* de datos arqueológicos, geo-químicos, históricos e antropológicos, que la instituyó como un personaje académico *sans pareil* ya que además complementaba los trabajos de sus colegas en sus respectivas áreas de estudios. No obstante, a medida que Tita iba llegando a su auge, los colegas confederados empezaron jubilándose o peor aún, a fallecer.

Después de varias gestiones, Arturo Oliveros dejó de ser Director del ahora Centro INAH Sonora, y se establecieron en Tlayacapan, Morelos. Ya con la tranquilidad de Tlayacapan, Tita se dedicó a lo que había iniciado en Hermosillo: producir trabajos sintéticos.

Además de que tuvo una memoria privilegiada que le permitía recordar con minucia sus excavaciones y los informes de los demás, Tita siempre tuvo una visión bastante amplia que le permitía sintetizar los datos disponibles. A veces sola, a veces en colaboración con otros investigadores.

A mediados de los años noventa se interrumpió la tranquilidad de Tlayacapan con instrucciones que recibió de las autoridades del INAH para trasladarse a Casas Grandes, Chihuahua, para supervisar el nuevo museo de sitio en Paquimé: Un mega proyecto de la época salinista. Durante casi dos años, Tita vivió en Casa Grandes haciéndose amiga de los del pueblo, dirigiendo la obra y colaborando con el proyecto de conservación y restauración del sitio. Tita lamentaba que no tenía ni la autoridad ni el control que ella sentía necesaria para llevar el proyecto a buen término. Tenía la visión y la experiencia museográfica, pero la construcción no era su ambiente. Como siempre, el poder quedó en México y a veces ella, se sentía muy lejos de la toma de decisiones. El arquitecto designado para el proyecto del museo fue Mario Schjetnan, cuyo diseño ganó el Gran Premio Latinoamericano de la Bienal de Arquitectura de Buenos Aires, por el Museo de las Culturas del Norte en Paquimé, Chihuahua, en 1995.

Siempre un torbellino, siempre llena de curiosidad y energía, siempre una fuerza, a pesar de los problemas de salud y movilidad, Tita siguió otros 20 años produciendo nuevas obras, nuevas síntesis; la única cosa que la podría parar era la muerte; sin embargo aún sigue presente en sus obras, en sus estudiantes y por supuesto en los corazones de sus amigos. ☺

EL ACERVO DE BRANIFF EN EL ARCHIVO TÉCNICO

JOSÉ LUIS RAMÍREZ RAMÍREZ

Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH

Estimados arqueólogos, amigos y compañeros:

Agradezco ser partícipe de tan merecido homenaje a nuestra entrañable “Tita”.

Mi primer acercamiento con ella fue más o menos en los años ochenta, cuando se encontraba trabajando en el Museo de Antropología, ya que en ese momento le enviaba publicaciones que llegaban al Departamento de Monumentos Prehispánicos. Además de que por el año de 1984, tuve la satisfacción de apoyarla con documentación para la conformación de su tesis doctoral.

Fueron tantos los acercamientos que tuve con la Dra. Braniff, que no alcanzarían hojas y bolígrafos para manifestar aquellas conversaciones cargadas de aprendizajes. El último acercamiento personal que tuve con ella fue a principios del 2011, durante la gestión del Arqlgo. Salvador Guilliem Arroyo, entonces Coordinador Nacional de Arqueología, ya que la Dra. Braniff tomó la decisión de que su archivo personal pasara a formar parte del Archivo Técnico, decisión que me halagó y aún me halaga, ya que en el Archivo contamos hasta el día de hoy con un total de 304 documentos contenidos en 38 tomos con información de publicaciones, Simposios, Coloquios, Seminarios,

Proyectos, Planos, notas periodísticas, fotos, etc., documentación muy completa e importante para cualquier investigador interesado en Mesoamérica.

Estaré por siempre agradecido con la Dra. Beatriz Braniff por la confianza que depositó en el Archivo Técnico. Recuerdo aún sus palabras cuando acudí a su domicilio; “Pepe, en nadie puedo confiar como en ti, porque sé que este material lo resguardarás como si fuese tuyo y sobre todo, sé que estos documentos, que así lo espero, sean una herramienta para las nuevas generaciones que deseen conocer mi trabajo”.

Terminaré mencionando que dejó una deuda conmigo, pues quedaron pendientes sus archivos fotográficos y la publicación que en ese momento se encontraba realizando, además de un whisky, ya que en ese momento no pudimos compartirlo porque era un poco tarde (5:00 p.m) y porque me encontraba en horario laboral.

Agradezco a Carlos Durán Braniff la confianza que ahora él está depositando en el Archivo Técnico, ya que en su Memorial se comprometió a donar la documentación personal que aún se conserva en la última morada de nuestra querida “Tita”. 



Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.



PUBLICACIONES DE BRANIFF EN EL CENTRO INAH SONORA

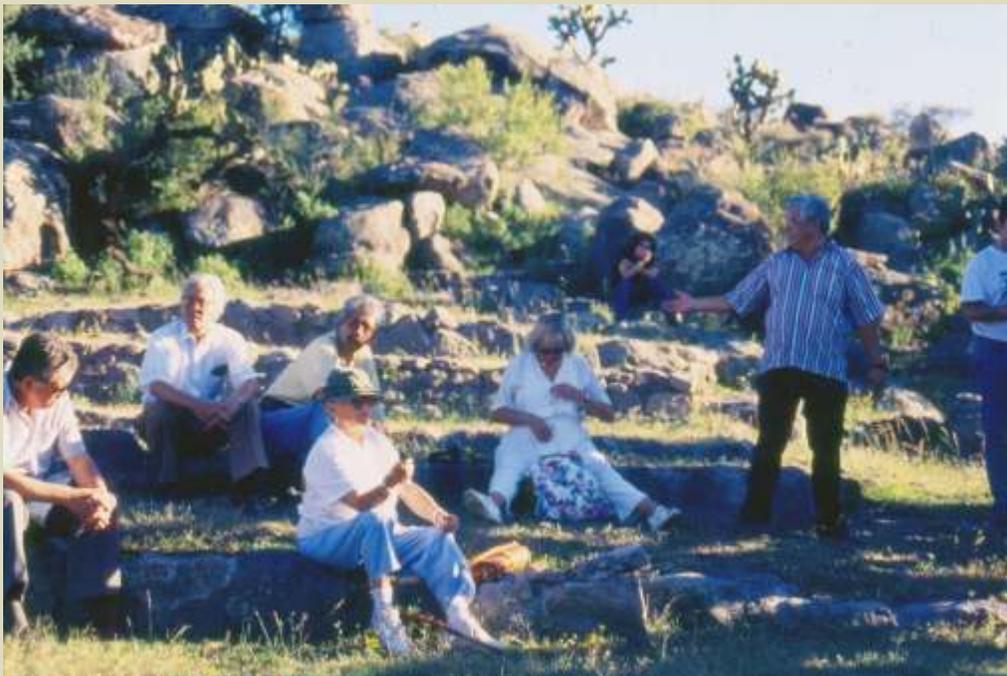
GUADALUPE PIÑA ORTIZ
Centro INAH Sonora

La comunidad de investigadores y personal administrativo del Centro INAH Sonora, fundado por ella, rinde un pequeño pero significativo homenaje a la obra de Beatriz Braniff; mujer de su tiempo, con empeño por rescatar y difundir la cultura de la región.

En la biblioteca “Ernesto López Yescas del INAH Sonora”, contamos con algunos títulos de su autoría, (aunque nos faltan adquirir algunas obras) con ello, el homenaje y reconocimiento a su importante trayectoria estaría completo, aquí una muestra:

1974	Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana. En The archaeology of West México, Jalisco.	1974	Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana. En The archaeology of West México, Jalisco.
1974	Algunas representaciones de la greca escalonada en el norte de Mesoamérica. Anales del INAH 6, INAH, México.	1974	Algunas representaciones de la greca escalonada en el norte de Mesoamérica. Anales del INAH 6, INAH, México.
1975	La Estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí. Colección Científica 17, INAH, México.	1975	La Estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí. Colección Científica 17, INAH, México.
1975	The West Mexican Tradition and the Southwestern United States. The Kiva 41 (2).	1975	The West Mexican Tradition and the Southwestern United States. The Kiva 41 (2).
1975	Arqueología del Norte de México. En Los pueblos y señoríos teocráticos. El período de las ciudades urbanas, primera parte. DEH-INAH, México.	1975	Arqueología del Norte de México. En Los pueblos y señoríos teocráticos. El período de las ciudades urbanas, primera parte. DEH-INAH, México.
1976	Sonora: Antropología del Desierto. Colección Científica 27. INAH, México.	1976	Sonora: Antropología del Desierto. Colección Científica 27. INAH, México.
1976	La posibilidad de comercio y colonización en el Noroeste de México, vista desde Mesoamérica. DCR-INAH, México.	1976	La posibilidad de comercio y colonización en el Noroeste de México, vista desde Mesoamérica. DCR-INAH, México.
1976	Notas para la arqueología de Sonora. Cuadernos de los Centros INAH 25, México.	1976	Notas para la arqueología de Sonora. Cuadernos de los Centros INAH 25, México.
1978	Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora a enero de 1977. En Noroeste de México 2, Centro Regional del Noroeste INAH, Hermosillo.	1978	Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora a enero de 1977. En Noroeste de México 2, Centro Regional del Noroeste INAH, Hermosillo.
1978	Panorama actual de los estudios arqueológicos en el estado de Sonora. III Simposio de Historia de Sonora, UNISON, Hermosillo.	1978	Panorama actual de los estudios arqueológicos en el estado de Sonora. III Simposio de Historia de Sonora, UNISON, Hermosillo.
1982	Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora (segunda parte). Noroeste de México 6, Centro Regional del Noroeste INAH, Hermosillo.	1982	Catálogo de sitios arqueológicos de Sonora (segunda parte). Noroeste de México 6, Centro Regional del Noroeste INAH, Hermosillo.
1984	Proyecto Río San Miguel, Sonora. Boletín del Consejo de Arqueología, INAH, México.	1984	Proyecto Río San Miguel, Sonora. Boletín del Consejo de Arqueología, INAH, México.
1985	La Frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México: Proposiciones arqueológicas preliminares. Tesis de Doctorado FFyL-UNAM, México.	1985	La Frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México: Proposiciones arqueológicas preliminares. Tesis de Doctorado FFyL-UNAM, México.
1988	A propósito del Ulama en el norte de México. Arqueología 3, DMP-INAH, México.	1988	A propósito del Ulama en el norte de México. Arqueología 3, DMP-INAH, México.
1989	Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica. ENAH-INAH, México.	1989	Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica. ENAH-INAH, México.
1989	Algunas consideraciones sobre el preclásico en el norte de México. En El Preclásico o formativo. Avances y perspectivas, MNA-INAH, México.	1989	Algunas consideraciones sobre el preclásico en el norte de México. En El Preclásico o formativo. Avances y perspectivas, MNA-INAH, México.
1989	Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo. Arqueología 1, INAH, México.	1989	Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo. Arqueología 1, INAH, México.
1990	Mesoamérica y el noroeste de México. En La validez teórica del concepto de Mesoamérica, Colección Científica INAH, México.	1990	Mesoamérica y el noroeste de México. En La validez teórica del concepto de Mesoamérica, Colección Científica INAH, México.
1990	The identification of possible Elites in Prehispanic Sonora. En Perspectives on Southwestern Prehistory, Westview Press, Boulder CO.	1990	The identification of possible Elites in Prehispanic Sonora. En Perspectives on Southwestern Prehistory, Westview Press, Boulder CO.

HOMENAJE A TITA BRANIFF



Beatriz Braniff en sitio arqueológico La Ferrería, Durango, 2000.

PEDRO FRANCISCO SÁNCHEZ NAVA
Coordinador Nacional de Arqueología, INAH

Déborah y Carlos; Arturo... reciban por mi conducto un entrañable saludo de la licenciada Teresa Franco, Directora General de nuestro Instituto, quien me pide expresarles su pesar por no estar presente en este, más que merecido homenaje, a nuestra maestra Tita Braniff, ya que compromisos inherentes a su encargo la obligaron a salir de la ciudad.

Me pidió hacer patente en su nombre y lo hago también por parte de la Coordinación Nacional de Arqueología y como investigador del INAH, que la arqueología mexicana no se puede explicar cabalmente sin reconocer la

amplia, profunda y comprometida aportación de Tita Braniff.

Maestra de muchos de nosotros, abrió brechas en la investigación de áreas culturales y de temas poco abordados en el quehacer arqueológico nacional. Dejó una amplia obra y particularmente hizo escuela; prueba de ello son los reconocidos colegas que han dado cuenta de parte de su legado y todos aquellos a los que formó ... nunca tan válida la cita bíblica "¡Por sus obras los conoceréis!"

Gracias Maestra Braniff y tenga por seguro que sembró en tierra fértil. 8

**INSTITUTO NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA**

Dirección General

María Teresa Franco

Secretaría Técnica

César Moheno

Secretaría Administrativa

José Francisco Lujano

**Coordinación Nacional de Centros
INAH**

José María Muñoz

Coordinador Nacional de Difusión

Leticia Perlasca

CENTRO INAH SONORA

Delegado del Centro INAH Sonora

José Luis Perea González

Director del Museo de Sonora

Zenón H. Tiburcio Robles

Sección de Investigación

Alejandro Sergio Aguilar Zeleny
John P. Carpenter Slavens
Blanca Eréndira Contreras Barragán
Esperanza Donjuan Espinoza
Juan José Gracida Romo
Patricia Olga Hernández Espinoza
Júpiter Martínez Ramírez
José Luis Moctezuma Zamarrón
Julio César Montané Martí
Raquel Padilla Ramos
César Armando Quijada López
María Elisa Villalpando Canchola

Monumentos Históricos

Omar Jara Domínguez
Martha M. Robles Baldenegro
Pavel H. Tiburcio Verdugo

Biblioteca Ernesto López Yescas

María Guadalupe Piña Ortiz
Margarita Miranda Gracia
Edmundo Salcido Tabanico

Restauración

Rodolfo del Castillo López
Jorge Andrés Morales Álvarez

Servicios Educativos

Laura Elena Alvarado León
Jesús Carrillo Dórame
Martín Matrecitos Flores

SeñalesdeHumo

Es una publicación cuatrimestral del CENTRO INAH SONORA. Edición: **Martha Olivia Solís / Investigación**. Título: Alejandro Sergio Aguilar Zeleny. Rediseño editorial y de logotipo: Rocío Preciado Quintana. Formación: Martha Olivia Solís. Fotografías: Archivos del Centro. Toda correspondencia o solicitud de canje deberá enviarse a Jesús García final s/n, colonia La Matanza, Hermosillo, Sonora, México. Correo electrónico: inahdifusion@yahoo.com.mx

ControlInahSonora @INAHSonora